

CUESTIÓN DE NOMBRES

Miquel Barceló

Hace años que la informática que usamos (la "realmente existente", según se decía del viejo socialismo) se decide mucho más en los procesos de investigación y desarrollo de las empresas que en los centros de investigación y universidades. Me temo que, por esa razón, hay mucho marketing en nuestra actividad profesional y, de ahí, la interminable sucesión de nombres que venimos usando para describir nuestro campo de actividad.

Antes de seguir, déjeme contarles una anécdota.

En 1991, invité a mi universidad a Marvin Minsky, uno de los más respetados "padres fundadores" del proyecto de investigación que conocemos como "inteligencia artificial". Josep Díaz, entonces director de mi departamento (hoy, tras muchos años, vuelve a serlo), le contaba a Minsky la organización del departamento y le habló de la existencia de una sección de investigación dedicada a "Informática Teórica", algo habitual y todavía existente en muchos departamentos de la universidad española. La sorpresa de Minsky fue grande, vino a decir algo así como: "*¿Teórica?, ¿Informática teórica? ¿Cómo puede ser teórica la informática? ¿No se trata de construir ordenadores y hacer programas?*". Evidentemente, como nunca conviene dudar de la propia actividad, los sufridos "teóricos" de mi departamento prefirieron pensar que Minsky había bebido demasiado vino en la comida y que su comentario no tenía ningún sentido.

Pero lo tenía y lo tiene. La informática, al menos la "realmente existente", es, ha sido y será eminentemente práctica.

Y, por eso, la informática está sometida a los vaivenes de la moda y del marketing. Siempre he creído que de ahí nace la exagerada voluntad de cambio de nombres tan habitual en nuestra actividad. En marketing se acepta como normal cambiar los nombres de las cosas para que parezcan nuevas cuando, en realidad, demasiadas veces, se trata, como se suele decir, de los mismos perros sólo que con distintos collares. Suelo denominar el fenómeno como "efecto Ariel", por aquello de que cualquier detergente que se precie ha de parecer nuevo cada dos o tres años (ya saben: "¡Nuevo Ariel!", al que se añaden las maravillosas "bolitas azules" o las revolucionarias "bolitas rojas"... parece un asunto más cercano a la cosmética que a la tecnología de lavado y las mejores realmente posibles en la fórmula química del detergente).

Desde 1962, cuando lo sugirió el francés Philippe Dreyfus, hablamos de *informática*, después, en los setenta, usamos *telemática*, a partir del original también francés de Simon Nora y Alain Minc. Por suerte, al menos en España, nunca arraigó demasiado el anglicismo *computación* (eso de calcular o "computar" es sólo uno de los muchos campos en los que interviene la informática... y limitarla con esa denominación siempre me ha parecido absurdo).

En los ochenta se empezó a hablar de *TIC* (tecnologías de la información y las comunicaciones) y, unos años después, parecía conveniente "modernizar" esa misma denominación con *NTIC* ("nuevas" tecnologías de la información y las comunicaciones), pese a que el ENIAC fue operativo ya en 1945 y poco "nuevo" parecía ya.

Afortunadamente, desde hace unos años, se empieza a usar el término *infotecnologías* (yo lo leí por primera vez en una columna de Fernando Sáez Vacas, catedrático en la escuela de ingeniería de telecomunicación en la Universidad Politécnica de Madrid).

También, imaginando en nuestra tecnología la potencialidad transformadora de sociedades que mostraron tanto la revolución agrícola del neolítico como la revolución

industrial de finales del siglo XVIII, hemos querido dar nombre al tipo de sociedad que nace de un mundo informatizado e "internetizado".

Daniel Bell, en los años setenta, hablaba ya de *sociedad post-industrial*, pero Yoneji Masuda introdujo el término *sociedad de la información* a finales de los setenta. Claro que no podíamos mantener veinticinco años el mismo nombre y por eso algunos hablan de *sociedad de conocimiento* (olvidando tal vez que la sociedad puede proponer abundancia de información a sus componentes, pero que el conocimiento es algo individual derivado de haber asimilado una determinada información y hacerla propia: conocimiento, en suma).

En Cataluña se dió el caso patético de que un grupo político había nombrado un director general para la sociedad de la información, mientras que el grupo político opositor, en el mayor ayuntamiento que controlaba, disponía de un concejal de sociedad del conocimiento. Lo dicho: los mismos perros con distintos collares.

Tal vez por eso, junto a *infotecnologías*, me gusta hoy hablar, a secas, de *sociedad digital* y me apeo de la ridícula competencia de nombres llegada incluso a la política. Aunque me temo que alguien, consciente de los muchos años que ya llevamos con las sociedades de la información y del conocimiento, se atreva a inventar algo como sociedad del saber, de la comunicación o de lo que sea... Todo sea por el marketing.